

José de Calasanz
el santo de los niños

Miguel Álvarez



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2008, by Miguel Álvarez y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: AISA, ALBUM, CORBIS-CORDON PRESS, ORONOZ, PRISMA ARCHIVO y Jesús Ramo Guitarte, escolapio del colegio Calasancio de Zaragoza

Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Segunda edición: junio de 2011

ISBN: 978-84-218-4803-6

Depósito legal: M-22.928-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1	Una plaza de Roma	5
2	Los olivos de Peralta	7
3	La Universidad de Lleida	13
4	Gigante del Pirineo	17
5	En la Roma eterna	25
6	Cambio de rumbo	29
7	El grano de mostaza	35
8	El puente Sixto	43
9	El <i>campanazo</i>	47
10	El Año Santo del 1600	53
11	La consolidación de las escuelas	57
12	Las rutas escolapias	63
13	El colegio nazareno	69
14	Y el grano se hizo árbol	73
15	A la conquista de Nápoles	81
16	Mano de santo	85
17	El cura espadachín	89
18	Crisis de crecimiento	93
19	La paciencia de Job	101
20	La suspensión de la orden	105
21	El final del camino	109
22	«¡He aquí el santo!»	115
23	El final feliz	119

Una plaza de Roma

Al desembocar en la plaza, el griterío es ensordecedor. Un mozalbete perseguido por otros dos casi le atropella. Pero el chaval, en un quiebro rápido, esquiva el encontronazo y corre sobre la tierra embarrada. Una piedra pasa silbando y se estrella contra la pared. En el centro de la plaza, una multitud de muchachos no cesa de correr, de saltar, de gritar, de insultarse. Un coro de grandullones jalea los revolcones, los puñetazos de dos pequeñuelos enzarzados en el suelo.

José se queda sorprendido... ¿Cuántas veces ha visto escenas como ésta desde su llegada a Roma? Ahora, sin embargo, el espectáculo le parece nuevo, como si lo viera por primera vez. Apenas ha entrado en la plazuela ha sentido en el pecho como una pedrada invisible y ha escuchado como si una voz le dijera:

—¡Mira, mira!

Y José mira y ve muchachos abandonados, salvajes, sin escuelas a donde ir, sin edad todavía para el trabajo, jugando y saltando, insultando y blasfemando, corrompiéndose en el ocio como las mondas y las basuras abandonadas en el fango del arroyo.

José mira y reflexiona sobre el sentido de la voz misteriosa. Y una ola de compasión le inunda el corazón; recuerda unas palabras de la Biblia: A ti ha sido confiado el pobre; tú serás el apoyo del huérfano. José sigue su camino y ya en voz alta se atreve a confiarse el súbito pensamiento que ha tenido.

—Quizá el Señor quiere que me haga cargo de estos muchachos.

Pensativo, se descubre la cabeza. Sus dedos alisan nerviosamente el pelo rojizo. Ahora no ve la plaza romana. Le rodean las altas cumbres del Pirineo de Urgell. Fue allí donde oyó también una extraña voz. ¿La oyó, la sintió? ¿Venía de fuera o de dentro? La voz decía:

—Vete a Roma, José, vete a Roma.

Y José fue a Roma. Y ahora, en medio de la plaza, entre el griterío de los muchachos abandonados, las dos voces se unen y alcanzan su sentido. El sacerdote José de Calasanz ha encontrado su camino...

Los olivos de Peralta



Peralta de la Sal toma su nombre de su caserío elevado sobre piedra alta —peralta— muy cerca de unas salinas, en las estribaciones pirenaicas del alto Aragón, en la actual provincia de Huesca. A unos cuatro kilómetros al noroeste está Calasanz, población de más abolengo histórico, pero con menos vida y ajetreo. De allí llegó Pedro Calasanz y Pano a establecer su herrería. Pronto encuentra moza para casarse, María Gastón Salas, de apellido ilustre en la pequeña villa.

La nueva familia va prosperando entre el afilar de las rejas y azadas de los vecinos, al ritmo de herraduras de caballos, mulas y borricos. Pedro Calasanz llega a ser el bayle —el alcalde— de Peralta. Y sabe armonizar los cuidados municipales con el martilleo sobre el yunque y el soplido del fuelle sobre las brasas que preparan el hierro en la fragua. Los hijos fueron llegando. Primero cuatro niñas: María, Juana, Magdalena y Esperanza. Luego el primer varón, Pedro. Una niña más, Isabel. Y por fin, el 31 de julio de 1558, les nace un nuevo varón, al que, alborozados, llaman José.

Estamos a mitad del siglo XVI. Felipe II hace dos años que lleva las riendas del inmenso imperio español y su padre

Carlos V medita en su retiro del monasterio de Yuste, quizá sin saber que la muerte le vendrá dos meses más tarde.

A Peralta no llegan los ruidos de la política, ni los destellos del mundo. Población labradora, se levanta con el sol, trajina todo el día y, cuando se acuestan las gallinas, se reúne cada familia en su casa al amor de la lumbre de la amplia cocina. Misa mayor los domingos y fiestas de guardar, que ruedan como las estaciones. Una vez al año, la romería a Torreciudad, donde Nuestra Señora de los Ángeles reina sobre el Somontano, en los riscos que se levantan sobre el hondo cauce del Cinca.

El pequeño José crece feliz. Tiene todo lo que se puede tener en la infancia. Unos padres que lo adoran. Muchos hermanos para jugar, campo abierto para asombrarse y correr. Una herrería llena de trastos y de aperos, como un divertido salón de juegos... Y, además, es el más pequeño de la casa, lo que le da no se sabe si el título de rey o el de tirano. De momento, ya ha cumplido seis años.

Uno de tantos días como tantos otros, desde la cocina, donde faena, doña María oye un rumor de gente que parlotea en la puerta de la herrería. Son voces agitadas que la sobresaltan. Acude presurosa y encuentra a algunos amigos de José que hablan atropelladamente unos con otros.

Algo ha pasado. Ni le da tiempo de preguntar. Rodeado de otros niños, su sobrino Tonet trae al pequeño José en brazos. Le da un vuelco el corazón, pero enseguida advierte que su hijo viene sano y salvo. Eso sí, con algunas magulladuras.

—Se ha caído de un olivo —le dice el pariente.

—¿De un olivo? —se vuelve al pequeño y le pregunta:

—José, ¿qué has hecho?

El niño calla, pero su amiguito José Marquet interviene:

—Es que lo ha tirado el demonio.

Al oír lo del demonio la madre se asusta... Pero por fin pueden sacar toda la verdad. José había salido del pueblo con el cuchillo de la cocina en la mano. Se encontró con Marquet y le dijo que iba a buscar a Satanás para matarlo, porque era enemigo de Dios y le robaba las almas.

Juntos fueron por los olivares que crecen por el Somontano. José creyó ver una sombra en uno de los olivos.

—¡El demonio! —exclamó. Y ni corto ni perezoso trepó al árbol para matar al enemigo. Al quebrarse una rama, cayó a tierra, con gran susto de José Marquet que veía a su amigo lastimado y lloroso. Pero al poco, acertó a pasar por allí su primo Tonet, ya un joven hecho y derecho, que lo recogió.

Aquella noche la ingenua aventura del pequeño Calasanz fue la comidilla del pueblo. María Gastón y su marido comentaban, frente a la lumbre del hogar, el carácter impulsivo de su benjamín que había puesto en práctica, con lógica infantil, las enseñanzas del catecismo familiar.

—Con seis añicos y ya quiere matar al diablo, ¡qué ocurrencia!

Lo que no podían saber es que la travesura encerraba la premonición de la lucha que, años más tarde, tendría que emprender José de Calasanz para arrebatarse las almas al común enemigo¹.

1. En tiempos del Papa Pío IX era costumbre hacer la Primera Comunión entre los doce y los catorce años. Esto cambió con su sucesor, San Pío X, que en 1910 adelantó la edad a los siete años, como inicio de la vida moral.

Poco tiempo después, José comienza a acudir a la escuela de Peralta donde se muestra como un buen alumno, con ganas de aprender y de agradar. Cuentan sus condiscípulos que cuando el maestro se cansaba de sus propias explicaciones o de la monótona tarea del deletreo o la escritura, solía tomar al pequeño Calasanz y le hacía recitar los «Milagros de Nuestra Señora», porque se sabía muy bien muchos de los versos del primer poeta de la lengua castellana, Gonzalo de Berceo².

Al cumplir los doce años, sus padres se plantean su futuro. María, la hermana mayor, ya se ha casado. Pedro heredaría, como hereu, —primer varón—, la herrería. Como José es bien despejado, deciden encaminarlo a los estudios superiores, aunque ello cueste algún sacrificio.

En Peralta no hay profesor —*dómine*, como se decía entonces— de latín, pero en Estadilla, a veinte kilómetros de su pueblo, existe un convento de la Orden de la Trinidad. Y allí mandan a José para que estudie latín, humanidades y retórica, que formaban lo que podía considerarse el bachillerato de la época.

Como había destacado en Peralta lo hace en Estadilla. Además de buen alumno es también un joven piadoso, al que no le importan los respetos humanos ni que le apelliden *el Santet*, el santito. Y eso que ha crecido y se ha hecho alto y fornido, como un roble al que coronase una cabeza pelirroja. Pero el muchacho se había trazado su propio plan de vida y nunca iba a clase sin pasar antes por la iglesia: misa diaria, oración mental, tan difundida por sus

2. Berceo (1198?-1264?) es el primer poeta castellano de nombre conocido.

coetáneos santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, en esos tiempos en que el concilio de Trento trata de reformar las costumbres y defender la fe. Y sobre todo, mucha devoción a la Virgen, a la que rezaba diariamente el rosario.

Así pasaron los años de su adolescencia, entre Peralta y Estadilla. Entre el estudio de las humanidades y las agradables vacaciones entre los suyos, en los amables campos familiares.



La Universidad de Lleida

Una de esas tardes de verano, cuando José volvía de la plaza de jugar a la barra, un juego de fuerza y habilidad, su padre lo llamó:

—José, quiero hablar contigo.

Se sentaron en el patio. Don Pedro comenzó con cierta solemnidad.

—Hijo, ya sabes que no somos ricos. Las cosas van bien para un buen pasar y no para muchos dibujos. Pero si tú estás dispuesto a estudiar leyes haremos los sacrificios que sean necesarios para que estudies en la Universidad de Lleida. Vivir lejos de la familia cuesta mucho dinero pero todo se andará.

A José le agradó la franqueza de su padre. Claro que estaba dispuesto. Quería estudiar algo más que leyes pero no lo dijo. Veía a su padre preocupado por el porvenir. Ser abogado era una buena cosa. Le sonrió abiertamente.

—Claro que sí, padre, me gusta estudiar...Y no sabéis cuánto os agradezco vuestros desvelos.

Cuando José se incorpora a la Universidad de Lleida, a sus dieciséis años, corren por sus aulas las triunfales noticias de la victoria de Lepanto, que acaba de ocurrir en

aquellos días de octubre de 1571. La flota turca fue destruida por la armada mandada por don Juan de Austria. La cristiandad respira aliviada, porque ve alejarse el peligro de las incursiones por el Mediterráneo del pueblo que ha cambiado la historia europea desde la conquista de Constantinopla, que acaba con el imperio Bizantino.

La Universidad de Lleida, fundada en el año 1300 por Jaime II, era la pionera del Reino de Aragón, y aún conservaba su estructura medieval. El canciller era el canónigo maestrescuela de la catedral, pero el rectorado caía cada año, por elección, en alguno de los alumnos de leyes, que era asistido por dos alumnos más que representaban a los estudiantes de Aragón y Cataluña.

Dos años de artes y filosofía y dos de leyes se abrían para José en la bulliciosa ciudad por la que se desparramaban las facultades y cátedras, unidas entre sí por las calles llenas de vida y de tabernas.

José sigue imperturbable en sus costumbres: nunca se deja arrastrar por los penosos ejemplos de muchos universitarios. Su gran estatura y su tremenda fuerza le dejan al margen de bromas y puede dedicarse a sus estudios con tranquilidad y aprovechamiento. Su talante de vida no le aparta de sus compañeros. Todo lo contrario. En una de las elecciones le escogen como asesor del rector, como representante de su «nación aragonesa». Un gran honor, pero más trabajo que añadir a las clases y a las veladas sobre los viejos pergaminos y apuntes.

Su misión es pacificar los ánimos en las continuas trifulcas de los revoltosos estudiantes, moderar las sanciones que recaen sobre ellos, templar gaitas y aconsejar. José

piensa pronto que es mejor prevenir que curar, y se dedica a charlar con sus compañeros y a meterles en la cabeza a qué han venido a Lleida realmente.

—¡Para estudiar, digo yo! No para beber vino en demasía y terminar, como siempre, en francachelas o en riñas sangrientas —le decía a Mateo García, que ya se había metido en más de un jaleo, porque era muy dado a peleas.

—Se te nubla la mente y a la primera sacas la espada. Y, además, ni estudias ni aprovechas. ¿Qué les vas a decir a tus padres que aquí se dejan los dineros?

Mateo va comprendiendo las razones de su compañero y empieza a enderezar su vida. A los amigos que se extrañan del cambio, les suele decir:

—¡Es gracias a José, que es mi Espíritu Santo!

José termina sus estudios de arte y humanidades. Ha cumplido la voluntad de su padre, pero el hormiguillo de estudiar teología le sigue rondando por el corazón. Escribe a su casa. Les cuenta que se irá a Valencia, pero que no se preocupen del dinero. Procurará salir adelante buscándose algún trabajo. Al padre lo de la teología le suena a que su hijo quiere hacerse cura. ¿No se ha distinguido siempre por su piedad? Pero José no tiene las cosas tan claras. Por lo pronto, se conforma con estudiar teología.

En Valencia, con veintiún años, a un fornido mozo de buenas maneras, amplia cultura, respetuoso trato y una letra bella y excepcional, no le es difícil encontrar trabajo. Una dama noble le requiere como secretario. Asienta sus cuentas, atiende su correspondencia. A cambio recibe unos buenos ducados y un lugar donde reposar, con tiempo libre para asistir a la universidad.

Así, entre su trabajo en casa y sus clases, va pasando el tiempo con aprovechamiento y tranquilidad, enviando y recibiendo cartas de Peralta con noticias de la familia.

Un día, mientras realiza su trabajo ordinario en el despacho, José nota la casa más silenciosa de lo acostumbrado. No se oye el trajinar de las criadas ni el bisbiseo de las damas en el cercano cuarto de costura. No ha podido darse cuenta de que la señora ha despachado a su servidumbre con diversos encargos, unos fuera de la casa y otros a salones y dependencias más lejanas. Lo único que se oye es su voz que le llama a su gabinete.

—Voy a dictaros una carta muy importante.

Poco a poco se da cuenta del doble sentido de la situación. La dama le declara sus sentimientos. Está enamorada de él. José balbucea una excusa y sale de la habitación. Luego, de la casa. Y no para hasta llegar a la iglesia más próxima. Allí, se ofrece enteramente a la Virgen. Inmediatamente da un paso más:

—¡Quiero ser sacerdote!